

MÁS ALLÁ DEL NARRADOR: NOTAS SOBRE EL ARCHIVO MANUEL ROJAS

María José Barros Cruz
Universidad Adolfo Ibáñez
maria.barros@uai.cl

Paula Libuy
Pontificia Universidad Católica de Chile
pmlibuy@uc.cl

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La prosa de Manuel Rojas es una de las manifestaciones literarias más importantes del siglo XX chileno. Sus relatos fueron reconocidos tempranamente en distintos concursos literarios y en 1957 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura. Esto ocurre algunos años después de haber publicado *Hijo de ladrón* (1951), novela que lo consagra como escritor al revolucionar los modos de representación del mundo popular a partir de técnicas narrativas vanguardistas. En la actualidad, la literatura de Rojas –en especial cuentos como “El vaso de leche” o novelas como *Lanchas en la bahía*– se sigue leyendo en las escuelas de nuestro país y reescribiendo desde otros soportes o formatos creativos como el cómic, el cine y el teatro. Pensamos, por ejemplo, en la novela gráfica *Hijo de ladrón* (2015), de Christian Morales y Luis Martínez, reeditada recientemente para conmemorar los setenta años de esta obra cumbre de las letras nacionales. Rojas forma parte, sin reparos, del canon literario chileno y esto se debe precisamente a su condición de narrador, valorada tanto por la crítica de su época como por las voces especializadas más recientes.

Ya en 1932, Hernán Díaz Arrieta –más conocido como Alone– elogia en su prólogo de *Lanchas en la bahía* la faceta de narrador de Manuel Rojas al señalar que este “ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la perfecta y sencilla naturalidad” (10). Por su parte, Enrique Espinoza –entrañable amigo de Rojas y fundador de la revista *Babel*– titula su semblanza sobre el escritor *Manuel Rojas, narrador* (1976). Allí se refiere con detalle a su vida y obra, dando cuenta de su oficio de poeta, cuentista y novelista; sin embargo,

al momento de poner un calificativo al trabajo literario de Rojas, opta sin titubeos por la palabra “narrador”. Acercándonos un poco más en el tiempo, Diamela Eltit (2006), una de las escritoras más importantes de la escena chilena y latinoamericana contemporánea, sostiene que *Hijo de ladrón* es “una novela canónica” porque en ella Rojas “construye un extenso escenario “técnico” para organizar su superficie narrativa”. A la lectura de Eltit se suman las aproximaciones críticas de José Promis (1994), Jaime Concha (2004), Grínor Rojo (2009) e Ignacio Álvarez (2009), por mencionar solo las más relevantes, que también han centrado su atención en la producción narrativa del escritor desde distintos enfoques teóricos y materiales textuales.

Ahora bien, más allá de la categoría de narrador que ha prevalecido en torno a Manuel Rojas y su inmersión en el canon chileno, lo que nos proponemos en este trabajo es explorar y dar a conocer otras dimensiones de la trayectoria vital y creativa del autor que surgen a partir de su archivo. Como bien sostiene Daniel Link, el canon “estetiza, monumentaliza, desterritorializa, homogeneiza” (14), mientras que el archivo, y en esto seguimos a Arlette Farge, es “una desgarradura en el tejido de los días, el bosquejo realizado de un acontecimiento inesperado” (cit. en Link 17). En otras palabras, el archivo es un dispositivo siempre móvil y en construcción, y en el caso de Rojas permite descentrar o al menos tensionar la figura exclusiva del narrador. Sin embargo, a pesar de que se pueda creer que canon y archivo son categorías que se oponen entre sí, lo cierto es que estas se mezclan, interrogan y complementan mutuamente. La figura de Rojas invita a adentrarse en estos matices y los casi mil trescientos documentos conservados en su archivo abren la posibilidad de repensar, releer y reformular la imagen a veces homogeneizante o estática que se tiene del escritor. Incluso, una parte importante de la producción narrativa rojiana se ha visto opacada por la preponderancia otorgada a textos como *Hijo de ladrón* o algunos cuentos específicos, fenómeno que da cuenta de un ejercicio de canonización totalizante que, al mismo tiempo que monumentaliza ciertas obras, relega a un lugar secundario otros textos igual o incluso más valiosos. Lo anterior responde a la implementación de criterios pedagógicos, editoriales y políticos, que por un buen tiempo redujeron la imagen pública de Manuel Rojas a un autor para niños y jóvenes. En los últimos años, esta situación ha ido cambiando gracias a la reedición de distintas obras de Rojas (no solo cuentos y novelas, sino también memorias, relatos de viajes o sus primeros artículos anarquistas) y a las investigaciones que distintos académicos y estudiosos han impulsado con el objetivo de volver a leer y redescubrir no solo su producción literaria, sino también otro tipo de materiales. En este contexto, destacamos el trabajo de Juan José Adriasola (2019) en el que se adentra en los textos “residuales” de Rojas –sus ensayos sobre las obras de otros autores y las propias– con el objetivo de dar cuenta del “programa intelectual” del escritor.

En el año 2018, la Sucesión Manuel Rojas entregó al Centro de Estudios de Literatura Chilena de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de

Chile los documentos y materiales del escritor que la familia había conservado por años en su casa de Llewellyn Jones 1212. Además de los cuadernos manuscritos de *Hijo de ladrón* y las otras novelas que conforman la tetralogía, así como las versiones preliminares de cuentos como “El delincuente” o “Un ladrón y su mujer”, en el archivo encuentran materiales que destacan por su heterogeneidad: textos inéditos, pruebas de imprenta, fotografías, documentos de identidad, contratos editoriales, cartas, artículos de prensa, relatos de viajes, proyectos literarios inconclusos, letras de canciones, materiales pedagógicos y libretos de radio, cine y televisión, entre otros. Parafraseando a Javier Guerrero, podemos decir que el Archivo Manuel Rojas –disponible en línea en el sitio de la Biblioteca de Humanidades UC– se nos presenta como un “exceso” (42) que altera, complejiza y amplifica lo que hasta entonces sabíamos sobre Rojas. Más allá de su magistral e innegable estatuto de narrador, el archivo viene a operar, como dice Farge, al modo de una “desgarradura” o un “acontecimiento inesperado” que invita a explorar otras facetas poco conocidas y estudiadas del escritor. En el próximo apartado, titulado “Explorando el archivo”, entregaremos algunos apuntes sobre estos materiales relacionados con el trabajo de Rojas como periodista; sus fotografías familiares; los diálogos establecidos con otras disciplinas artísticas y soportes; sus textos inéditos e inacabados; y los diarios y relatos de viajes que hacia sus últimos años de vida lo vuelven a perfilar como un sujeto errante y nómada, pero ahora como escritor ya consagrado.

EXPLORANDO EL ARCHIVO

Rojas “periodista”¹

Una de las primeras facetas que nos descubre el archivo de Rojas es su labor como periodista. Al igual que muchos escritores de su tiempo, pensamos en figuras como Gabriela Mistral, Marta Brunet, Jenaro Prieto o Carlos Droguett, el autor de *Hijo de ladrón* dedica gran parte de su vida a escribir de forma regular en distintos periódicos chilenos y también internacionales. Desde sus años de joven anarquista hasta sus últimos días como escritor ya consagrado, la prensa será un oficio permanente que le permite ejercitar la pluma y reflexionar sobre los más diversos temas. A lo largo de su vida colabora en múltiples diarios y revistas y, durante la década de los 40, llega incluso a tener su propia sección en *Las Últimas Noticias*, llamada los *Lunes de Manuel Rojas*. Pero, ¿cómo vive Rojas su trabajo como periodista? ¿Qué nos

¹ El mismo Rojas se refiere a sí mismo de esta forma en “Algo sobre mi experiencia literaria”: “De mi trabajo como periodista he estado siempre agradecido, aunque los sueldos que gané no merecieron nunca mi agradecimiento” (16).

dice el archivo sobre las tensiones y los acomodos del escritor chileno con respecto al proceso de profesionalización de su oficio?

Una parte importante de los documentos conservados en el archivo del escritor corresponde a sus artículos de prensa. Predominan las versiones mecanografiadas de estos textos con correcciones manuscritas hechas por el mismo autor y también algunos artículos recortados directamente desde los diarios. El trabajo de prensa realizado por Rojas es poco conocido y, probablemente, esto se debe a que sus artículos –a excepción de aquellos reunidos en el volumen *A pie por Chile* (1967)– no han vuelto a ser publicados. Sin embargo, el material disponible en el archivo deja entrever que esta escritura realizada en paralelo a su quehacer literario fue importante para Manuel Rojas. No solo conservó distintas versiones de estos textos, sino que además se preocupó de realizar algunas recopilaciones para organizar este material. Por ejemplo, en un cuaderno de contabilidad empastado de color negro (Doc. 06_14_02_01), el escritor reunió más de cincuenta artículos publicados principalmente en *Las Últimas Noticias* entre 1939 y 1940. Los temas que allí aborda destacan por su heterogeneidad –política, cine, biología, arqueología, actualidad, etc.– y dan cuenta no solo de los distintos intereses de Rojas, sino también del carácter versátil, libre y siempre crítico de su escritura.

En línea con lo anterior, nos parece importante mencionar también la existencia de una carpeta titulada *Y algo más*, en la que Rojas reúne alrededor de veinte artículos mecanografiados, publicados en los años 40. Este trabajo fue pensado por el escritor como una compilación, pero nunca llegó a ser publicada². En el texto introductorio, “Pocas palabras”, Rojas explica brevemente el origen de los artículos que pensaba reunir en este volumen y proporciona algunas ideas sobre lo que significaba el periodismo para él. Reproducimos un fragmento de estas palabras iniciales:

[...] Tuve la suerte, en lo que se refiere a los artículos que se publicaron en periódicos, de tener la libertad de escribir sobre lo que me interesara, libertad que Byron Gigoux, el director de “Las Últimas Noticias”, nunca terminó de darme. Me pagaron malamente, es cierto, pero hasta cuando le pagan mal un escritor puede sacar algún provecho, en mi caso universalizarme al escribir sobre lo de aquí y sobre lo de allá, a veces con más audacia que conocimientos, aunque siempre con honradez (Doc. 06_04_04_01).

Lo primero que observamos en esta cita es a un Manuel Rojas posicionado públicamente como un escritor que valora el ejercicio periodístico, a pesar de la mala paga. No solo destaca la libertad que siempre tuvo para escribir sobre lo que quisiera,

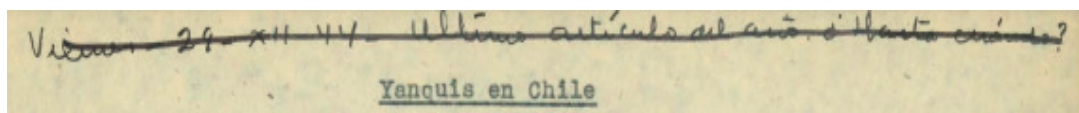
² Al comienzo de la carpeta Rojas incluye un índice con cincuenta y tres artículos distribuidos en los siguientes temas o entradas: “Asuntos personales”, “Seres de Chile”, “Cosas de Chile”, “Cosas de pájaros”, “Cosas de escritores”, “Cosas abstractas” y “Un amigo y varios gringos” (Doc. 06_04_04_01).

sino también la posibilidad que le dio el periodismo de “universalizarse”, preocupación que fue una constante a lo largo de su carrera literaria.

De alguna manera, para Rojas el periodismo funciona como un laboratorio de escritura que le permite ejercitar y pulir su oficio literario. Así lo señala en “Algo sobre mi experiencia literaria” cuando se refiere a su trabajo como periodista:

Escribiendo para un diario, haciéndolo a veces sin deseos de hacerlo, el escritor, si está poco tiempo en eso, gana en dos aspectos importantes: en primer lugar, en destreza para el manejo de los temas e ideas y en segundo lugar en composición y en vivacidad del lenguaje. Si está mucho tiempo, ganará mucho en eso, pero perderá en capacidad de concentración y corrección. Si puede, como en el caso mío, escribir sobre lo que le gusta o interesa, la ganancia será mucho mayor, ya que los temas que trate pueden servirle después para su trabajo literario, o por lo menos le ampliarán los puntos que llegarán a interesarle (16).

En pocas palabras, escribir para el diario le permite fortalecer y ampliar las habilidades literarias que, a su juicio, debe tener un buen narrador: manejo de temas, composición y vivacidad del lenguaje. Ahora bien, en términos materiales y económicos, el trabajo periodístico resulta para Rojas una experiencia precaria y en muchas ocasiones tediosa, extenuante. El periodismo escrito responde a una lógica productiva que no es la de la literatura y la exigencia de escribir textos periódicamente, en medio de otras obligaciones y trabajos, parecía –por momentos– agobiar al escritor. En varios artículos mecanografiados del archivo encontramos anotaciones manuscritas que ponen de manifiesto el cansancio de Rojas o su felicidad ante la llegada de las vacaciones. Por ejemplo, en el artículo “Yanquis en Chile” (1944), leemos una nota tachada que dice “Último artículo del año. ¿Hasta cuándo?” (Doc. 06-07-06-15). Asimismo, en “Recuerdos en el Purgatorio” (1945), Rojas escribe con lápiz grafito “¡Vacaciones!” (Doc. 06-07-07-01). El periodismo le reporta al escritor chileno importantes gratificaciones intelectuales, creativas e incluso afectivas, si es que pensamos en las colaboraciones escritas para *Babel*, revista dirigida por su ya mencionado amigo Enrique Espinoza. Sin embargo, como todo trabajo, el quehacer periodístico también conlleva un desgaste y Rojas parece desahogarse con disimulo a través de estas notas de su puño y letra, situadas en los márgenes de algunos borradores de sus artículos de los años 40.

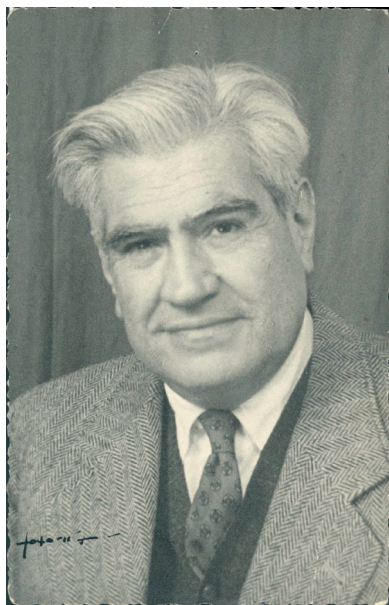


En el encabezado del artículo “Yanquis en Chile” se lee la siguiente nota tachada por Rojas: “Viernes – 29 – XII – 44 – Último artículo del año. ¿Hasta cuándo?” (Doc. 06-07-06-15).

Por último, quisiéramos dejar también constancia de las crónicas sobre Cuba conservadas en el archivo del escritor, redactadas durante su estadía en la isla antillana entre 1970 y 1971. Extraemos esta información del texto introductorio de la compilación *Manuel Rojas y la revolución cubana*, de autor desconocido y fechada en 1981 (Doc. 06_07_02_01). La tercera vez que Rojas visita Cuba lo hace en calidad de jurado del premio Casa de las Américas y se queda allí casi un año. En este contexto escribe más de cincuenta artículos, como “Noticias de Camagüey”, “Peces y pescadores”, “Stalinismo en Cuba” y “Chang”, por mencionar solo algunos, que ponen de manifiesto la admiración de Rojas por el proyecto revolucionario cubano, así como de su profundo interés por la historia, geografía y cultura de dicho país que, en aquel entonces, era observado por el mundo entero.

Fotografías de lo íntimo

Cuando pensamos en Manuel Rojas, la primera imagen que se nos viene a la mente es la del escritor adulto, con su pelo canoso, vestido con corbata y chaqueta. De hecho, las fotografías que se suelen reproducir del autor, ya sea en sus libros o bien en textos con fines pedagógicos, corresponden al famoso retrato del estudio Heffer o bien a fotografías tomadas en su biblioteca personal, cuando Rojas ya había obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1957. De una u otra manera, lo que ha predominado en la construcción de la imagen pública de Rojas es su figuración como un escritor maduro y legitimado como parte del canon de la literatura chilena.



Retrato de Rojas del estudio Heffer
(Doc. 06_16_53_01).

El archivo de Rojas contiene un buen número de fotografías que, en su gran mayoría, ponen en escena el lado más íntimo y familiar del escritor. También se encuentran retratos de algunos parientes –como su padre o María Baeza, su primera mujer–; fotografías con escritores –Juan Carlos Onetti, Carlos Droguett, Jaime y Mercedes Valdivieso y Enrique Lafourcade, entre otros–; e incluso un retrato de Gabriela Mistral dedicado a Baeza. Ahora bien, lo que quisiéramos destacar en esta oportunidad son los materiales fotográficos del archivo que nos remiten a dos momentos específicos del trayecto biográfico de Rojas: sus excursiones a la montaña a fines de los años 30 e inicios de los 40 y sus viajes con Julianne Clark en la década de los 60. De una u otra manera, las imágenes de ambas etapas de su vida no solo nos invitan a interiorizarnos en el mundo privado y afectivo de Manuel Rojas, sino que además nos hablan de la pulsión de errancia –ese deseo libertario de caminar, deambular y viajar– que siempre acompaña al escritor y de su vínculo entrañable con la naturaleza. Las imágenes del archivo movilizan y potencian otra mirada sobre el escritor, vinculada con sus relaciones familiares, amorosas y afectivas.

Gran parte de las fotografías que registran las excursiones y caminatas a la cordillera realizadas por Rojas se corresponden con algunas de las crónicas reunidas en *A pie por Chile*. Lo que hasta hace poco tiempo solo conocíamos a partir de los textos del autor, ahora se ve enriquecido por este material visual que nos permite observar de primera fuente al Rojas aventurero y amante de la cordillera. Parte de este material fue dado a conocer hace algunos años en la reedición de *A pie por Chile* publicada por Catalonia en el 2016, a cargo de Daniel Muñoz. En estas imágenes podemos ver al escritor compartiendo con sus hijos y compañeros del Club Andino, subiendo la montaña o contemplando el paisaje. Las anotaciones escritas por Rojas al reverso de las fotografías mencionan lugares cordilleranos cercanos a las inmediaciones de San José de Maipo y sus palabras no están exentas de humor a la hora de referirse a las “poses” de sus amigos retratados. Citamos algunos ejemplos de las fotografías que registran la excursión del 22 de mayo de 1937 al cerro Piuquencillo: “Don Alberto Valdés posando para la posteridad” (Doc. 06_16_31_01) o “Eduardo [Tischell] haciéndose el interesante” (idem)³. Más allá de la imagen pública y algo seria o empaquetada que se suele tener de Rojas, estas fotografías y sus anotaciones nos muestran a un hombre amistoso, querendón de sus niños, apasionado por la naturaleza y gran caminante.

³ Según lo señalado en el primer boletín del Club Andino, fechado en mayo de 1937, tanto Alberto Valdés como Eduardo Tischell eran miembros de esta organización y formaban parte de su directorio junto con Manuel Rojas (2).



Rojas junto a sus hijos al regreso del refugio de Lagunillas, 1936 (Doc. 06_16_25_01).



En la primera fotografía se observa a Rojas junto con Ester Braga en la Isla de Maipo, 1938 (Doc. 06_16_29_01). En la segunda imagen aparece el escritor con su amigo Máximo Jeria en Piuquencillo, 1941 (Doc. 06-21-1-12).

Por otro lado, las imágenes de los viajes realizados por Manuel Rojas junto con Julianne Clark, estudiante a quien conoce en 1961 cuando es invitado como profesor visitante a la Universidad de Washington, nos permiten adentrarnos en un periodo poco explorado de la biografía de Rojas. Manuel y Julianne contraen matrimonio en México en 1962 y juntos realizan una serie de viajes por distintos países del mundo. En el archivo del escritor se encuentran varias fotografías a color y en blanco y negro de estos periplos, en especial de sus andanzas por México y Estados Unidos. A diferencia de las imágenes comentadas más arriba, en estas observamos a un Rojas más viejo (cuando conoce a Clark tiene 65 años), pero que también parece disfrutar de sus caminatas al aire libre y del *road trip* que emprende junto a su nueva compañera. Sus ropas también nos muestran a un Rojas más relajado y rejuvenecido. De hecho, en varias de estas imágenes se le observa sonriente y veraniego. La travesía por tierras aztecas fue registrada por Rojas en su diario *Pasé por México un día* (1965) y los viajes en el Austin negro desde Eugene, Oregon, hasta El Salvador son contados por Clark en sus memorias *Y nunca te he de olvidar. Mi vida junto a Manuel Rojas* (2007). En este sentido, las fotografías del archivo sobre estos y otros viajes vienen a ampliar los antecedentes que hasta hoy se manejan sobre los últimos diez años de vida del autor.



En la primera fotografía se observa a Rojas junto al Austin negro en Santa Bárbara, California (Doc. 06_16_84_01). En la segunda vemos al autor con su cámara de película en Sierra Nevada, California (Doc. 06_16_90_01). Ambas imágenes están fechadas en 1962.

Adicionalmente, nos parece importante mencionar la presencia en el archivo de un Rojas aficionado a la fotografía y la filmación de películas caseras. Ya en la crónica

“Esteros del cajón del río Colorado”, publicado en *A pie por Chile*, el escritor deja saber su interés por fotografiar sus excursiones y descubrimientos en la naturaleza: “Hace años, acompañado de varios niños, unos míos y otros de amigos, me propuse averiguar dónde nace el estero El Copio [...]. Llevé hasta una máquina fotográfica: tomaría una foto de su lugar de nacimiento” (66). Avanzando un poco más en el tiempo, en algunas fotografías de los viajes con Clark por Estados Unidos a inicios de los 60, se puede observar a Rojas con su cámara de película en mano. Rojas es fotografiado por Julianne y él, a su vez, hace filmaciones. Aunque estas grabaciones no se encuentran en el archivo, los documentos visuales recién comentados—además de las dos cámaras de 8mm que aún existen en su casa de Llewellyn Jones (Guerra, *Manuel...*, 26)—permiten conjeturar que tanto la fotografía como el cine fueron importantes para Rojas en cuanto soporte de la memoria, al igual como lo fue la escritura.

Diálogo con otras disciplinas artísticas y soportes mediáticos

Otra faceta bastante desconocida de Manuel Rojas, puesta a circular gracias al archivo del escritor, es el vínculo que estableció con otras disciplinas artísticas y medios de comunicación masiva como la radio y la televisión. Más allá de la literatura, Rojas se atrevió a explorar con otros formatos y soportes, que dan cuenta de su mirada siempre abierta a repensar el oficio del escritor y el papel de la producción artístico-cultural en la sociedad chilena y latinoamericana de su tiempo.

Sobre el vínculo de Rojas con el teatro existen mayores antecedentes. Sabemos que en su juventud trabajó como consueta y que recorrió el territorio nacional de norte a sur y también países como Uruguay y Argentina con compañías de teatro itinerantes. Esta información es proporcionada por el mismo autor en su *Antología autobiográfica* (1962) y ficcionalizada en su novela *La oscura vida radiante* (1971). Conocida es también la obra de teatro escrita junto con Isidora Aguirre, *Población Esperanza*, estrenada en 1959 en Concepción. Sobre esta pieza existen en el archivo al menos dos cuadernos con manuscritos y también un álbum de cuero café, con una inscripción de la Universidad de Concepción en su tapa, que contiene fotografías del estreno de la obra y el programa (Doc. 06-17-03-01).

Además del teatro, el archivo de Rojas visibiliza su fascinación temprana por la radio, la televisión y el cine. En el archivo se conservan casi veinte libretos radiales para la Universidad de Chile, documentos mecanografiados con correcciones manuscritas hechas por el mismo autor, que corresponden a las series *Trabajadores de la ciencia*, *Atacama* y a versiones teatralizadas de algunos de sus cuentos, como “El hombre de la rosa” y “El colocolo”. También se encuentran versiones manuscritas del guion de *Un país llamado Chile*, documental cuya producción se puede situar en 1960, según lo señalado por Rojas en sus manuscritos. “Este es el país llamado Chile, el más austral del mundo”, se lee en la introducción de uno de los cuadernos (Doc. 06_01_10_01). A esto se suma otro cuaderno que contiene libretos del programa de

televisión infantil *Guaripola* y una sinopsis del guion de la versión cinematográfica de *Hijo de ladrón*, a cargo de Augusto Roa Bastos. Con respecto a este último proyecto, en el archivo también se encuentran cuatro cartas del escritor paraguayo, fechadas en los años 1961 y 1962, donde expone a Rojas las dificultades financieras y de producción para llevar adelante el proyecto. En este contexto, destacamos especialmente la publicación *Manuel Rojas, narrativa de la imagen* (2022), de Jorge Guerra, estudio pionero sobre los vínculos del autor chileno con el cine y la televisión, que por cierto se nutre de los documentos conservados en el Archivo Manuel Rojas y también de otros consultados por el investigador.

Por último, el archivo del escritor también vuelve a sacar a la luz un proyecto musical poco conocido de Rojas. Nos referimos al disco *Chile de arriba a abajo*, realizado en colaboración con Ángel Parra y Los de la Peña en el año 1968. Como si de un atlas se tratara y en coherencia con la indicación geográfica del título, en este trabajo Rojas y Parra invitan a recorrer el país desde el norte hasta el extremo austral, asumiendo una perspectiva situada en lo local, que busca realzar la naturaleza del territorio chileno, las culturas de los pueblos originarios y la diversidad del mundo popular. De las doce canciones escritas por Rojas, solo ocho fueron incluidas finalmente en el disco, quedando fuera “Cesantes”, “Guerrilleros”, “Arriero del Norte” y, también suponemos, “Cancionero del Puerto”. Varias de estas letras –especialmente las introducciones leídas por el escritor al comienzo de cada canción– se encuentran en versiones manuscritas en dos cuadernos conservados en el archivo de Rojas (Doc. 06_01_14_01; Doc. 06_01_08_01). De esta manera, el archivo permite aproximarse al proceso creativo de un trabajo rojiano de fines de los años 60, periodo de importantes transformaciones sociales y políticas para Chile y el continente latinoamericano, en el que Rojas hace confluir sus preocupaciones políticas y estéticas con el movimiento de la Nueva Canción Chilena y jóvenes artistas de la época como Ángel Parra.

Proyectos literarios inéditos y textos de viajes

Entre los cuadernos y los documentos mecanografiados del archivo Manuel Rojas se encuentran al menos una decena de textos literarios inéditos y proyectos inconclusos del escritor. Probablemente, uno de los más importantes sea el “El niño y el choroy”, cuento que tiene varias versiones y finales, recientemente incluido en *Cuentos completos* (Alfaguara, 2019) a cargo de Daniel Muñoz y en la edición crítica *Cuentos completos* (Ediciones UAH, 2021) realizada por Ignacio Álvarez. De acuerdo con el académico de la Universidad de Chile, este relato “parece terminado. [...] Es probable que los finales que ideó para este cuento –incluimos dos variantes, aparte del definitivo– no hayan satisfecho su criterio de calidad, lo que podría explicar que nunca se haya decidido a publicarlo” (Álvarez, “Advertencia...” 573). Por otro lado, a nuestro juicio la relevancia de este cuento radica en que viene a ampliar el corpus rojiano de textos literarios y de prensa sobre pájaros, animales por los cuales Rojas

sentía una especial fascinación. Desde temprano, las aves aparecen una y otra vez en sus escritos, metaforizando el deseo de una libertad amenazada o perdida (Barros 2021).

En este trabajo, quisiéramos referirnos brevemente a tres textos inéditos producidos durante la década de los 60, cuya relevancia radica en el hecho de poner en escena subjetividades que hasta entonces no habían tenido un lugar del todo relevante o visible en la literatura de Rojas. El primero se titula *Morir por Vietnam*, texto dramático que se encuentra completo en el archivo, cuya versión manuscrita fue fechada por el escritor el 18 de noviembre de 1967 (Doc. 06_04_01_01). Esta pieza teatral trata sobre Martín, un joven chileno estudiante de agronomía en Estados Unidos, que es obligado por su padre a pelear en la guerra de Vietnam y que finalmente muere. El texto da cuenta de los conflictos ideológicos y generacionales entre padres e hijos en una sociedad chilena atravesada por la Guerra Fría y del racismo vivido por negros y migrantes latinos forzados a ir al frente de batalla. Además, como bien señala Pía Gutiérrez, esta obra muestra a un Rojas maduro que “vuelve al teatro cuando la resistencia a la actitud de Estados Unidos en la Guerra de Vietnam se había hecho una consigna masiva que había alcanzado eco en varias partes del mundo incluido Chile” (199). *Morir por Vietnam* es ante todo un documento testimonial de su época, que por primera vez en la literatura de Rojas sitúa en el centro a un joven de una familia acomodada o burguesa, asumiendo una mirada de empatía y solidaridad con su historia.

El otro texto se titula *Réplica* (Doc. 06_04_01_01) y corresponde a una novela inconclusa que, como bien lo insinúa su título, busca contar la versión femenina de *Punta de rieles*, poniendo en el centro el relato de las mujeres que no aparecen en la historia oficial protagonizada por Fernando Larraín y Romilio Llanca. Son cuatro los personajes femeninos contemplados en este proyecto: Clara Errázuriz (esposa de Fernando Larraín), Rosa (esposa de Romilio Llanca), Otilia Herrera (mujer que acoge y cuida a Larraín en su conventillo) y Celedonia (la sirvienta de Clara). De esta novela existen tres capítulos en el archivo del escritor y, además, un esbozo de texto dramático titulado *Rieles de punta*. Jorge Guerra ha estudiado el contexto de producción de este trabajo y cita una interesante entrevista realizada por Germán Ewart a Rojas, publicada en *El Mercurio* el 23 de julio de 1961, donde el escritor se refiere a este proyecto: “Ahora escribo la primera novela en que hago hablar a las mujeres y entro en lo que sienten y piensan” (cit. en Guerra, “Rieles...”, 250). Como bien señala el investigador chileno, “el mundo que habitan los personajes de Manuel Rojas es esencialmente masculino” (Guerra, “Rieles...”, 251) y, en este sentido, su novela inconclusa *Punta de rieles* constituye un gesto inédito en su literatura que por cierto amerita una detenida lectura de género.

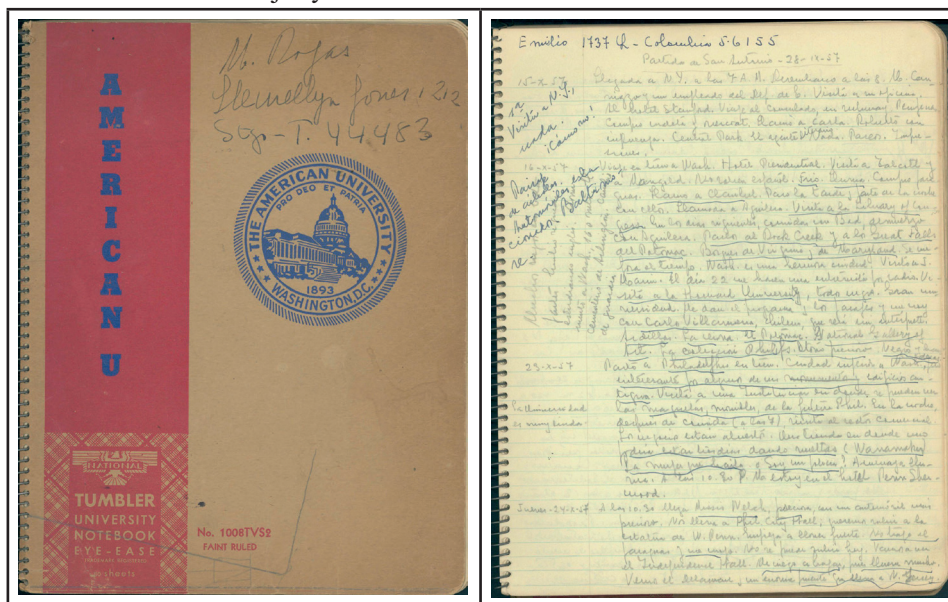
El último trabajo al que haremos mención es *Astromelia*, una novela también inconclusa, de la cual existe solo un capítulo en el archivo del escritor. El texto se abre con Pedro Orellana observando la fotografía de una astromelia bajo el vidrio de su escritorio, flor endémica que efectivamente obsesionó a Rojas y a su amigo González Vera en sus excursiones por la montaña (Barros y Gutiérrez 317). Situado en su “casa

de barrio de Santiago de Chile” (Doc. 06_01_24_01), el escritor divaga entre sus recuerdos sobre el metro de Nueva York, su mujer Jane y sus viajes a Puerto Rico y Cuba, memorias que son activadas a su vez por la repentina visita de un zorzal. Como se puede advertir, Orellana es una suerte de alter ego del mismo Manuel Rojas, pero a diferencia de Aniceto Hevia, este personaje ficticio de rasgos autobiográficos remite al Rojas adulto, escritor y situado en una nueva posición social. Desde ese lugar de enunciación, recurre al formato de la ficción ya no para rememorar su pasado juvenil, anarquista y marginal, tal como ocurre en las novelas que conforman la tetralogía sobre Aniceto Hevia⁴, sino sus experiencias más recientes, específicamente, los viajes realizados junto a Julianne Clark en la década de los 60. De esta manera, un proyecto inconcluso e inédito como *Astromelia* hace emerger una nueva subjetividad en la literatura de Rojas, vinculada con su trayecto biográfico de adultez y los desplazamientos errantes que marcan este momento particular de su vida.

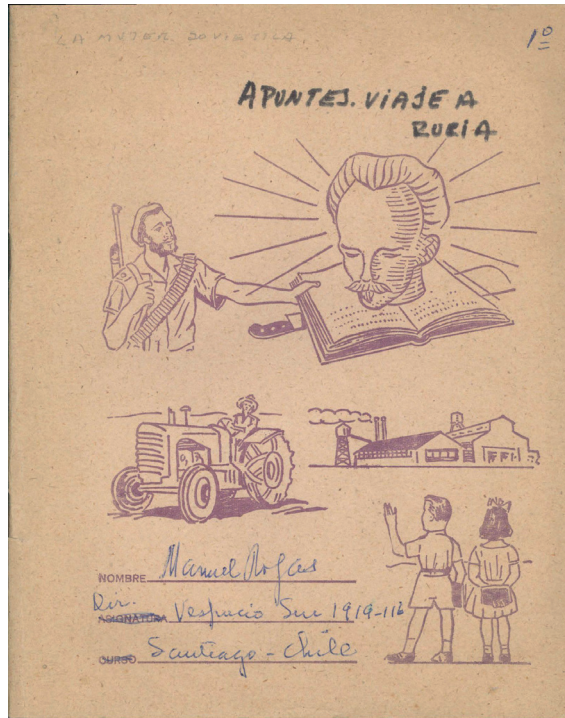
En relación con este último tema, nos parece relevante dar cuenta también de los textos de viajes conservados en el archivo del escritor. Después de casarse, Rojas y Clark realizan una serie de viajes por México, Estados Unidos, Cuba, España, Portugal, Italia, Francia, Inglaterra, la Unión Soviética, Israel y Grecia. En varios de estos países Rojas dicta clases y conferencias, actividades gestionadas por él mismo con el propósito de conocer otras realidades y encontrarse con algunos escritores. Algunos de estos periplos fueron registrados en sus libros *Pasé por México un día* y *Viaje al país de los profetas*, a lo que además se suman los materiales del archivo que se refieren, precisamente, a los viajes realizados durante este periodo. Además de algunas fotografías y contratos editoriales de estos años, se encuentran textos manuscritos de carácter referencial, es decir, donde el autor y el sujeto de la enunciación coinciden (Morales 11), como diarios y relatos de viajes. Mencionamos solo algunos a modo de ejemplo: un diario sobre su primera visita a Estados Unidos entre octubre de 1957 y enero de 1958 (Doc. 06-15-03-01); el texto manuscrito “Rusia de paso” (Doc. 06_01_14_01) sobre el viaje realizado a la Unión Soviética en 1966 y al que Rojas fue invitado por la Unión de Escritores Soviéticos; y otro texto, también manuscrito, titulado “En el corazón del verano neoyorquino”, en el que Rojas relata su encuentro con el mundo afrodescendiente de Harlem: “la cara negra de Nueva York, la cara

⁴ En su libro *Novela y nación en el siglo XX chileno*, Ignacio Álvarez aborda las dislocaciones que marcan al narrador de la tetralogía rojiana y sostiene que el “narrador letrado” que revisita en estos textos sus días pasados de juventud y marginalidad coincidiría con la figura de un Manuel Rojas adulto y consciente de su condición de escritor: “Convertido en un escritor, es decir, habiendo transado su antigua libertad a cambio de cierta seguridad y también a cambio de poder escribir, Rojas no intenta –ni tampoco lo hace en sus novelas– explicar la distancia que lo separa del margen que alguna vez ocupó” (106).

negra y su tristeza, la cara negra y su humillante desprecio, la cara negra y su dolor” (Doc. 06_01_08_01). Estos materiales, además de los artículos referentes a Cuba y la Unión Soviética (como “La mujer soviética” y “Leningrado, ciudad múltiple”), nos han permitido aproximarnos a un momento de la vida adulta de Rojas que también se ve marcado por la errancia y los constantes desplazamientos alrededor del mundo. Actualmente nos encontramos trabajando en la transcripción y el análisis de estos documentos en el marco de nuestro proyecto de investigación sobre la errancia en la literatura de Manuel Rojas y Gabriela Mistral.



Cuaderno con motivos de The American University, en el que Rojas escribió un diario sobre su viaje a Estados Unidos entre los años 1957 y 1958 (Doc. 06-15-03-01).



Cuaderno con motivos de la Revolución Cubana, en el que se encuentran los artículos “La mujer soviética” y “Leningrado, ciudad múltiple” (Doc. 06_01_25_01).

CONCLUSIONES PRELIMINARES ACERCA DEL ARCHIVO

Recorrer algunos de los materiales que se encuentran en el Archivo Manuel Rojas permite llegar a ciertas aseveraciones que desafían la unilateralidad de la condición canónica del escritor. En primer lugar, la revisión del archivo refuerza la idea de que los materiales que lo construyen no son un tipo de producción “menor”, sino una puerta de entrada fundamental para ingresar en el laboratorio creativo e intelectual de Rojas. A través de distintos documentos y materiales hemos podido visualizar a un Manuel Rojas multifacético y acceder a una intimidad que desborda su figuración pública como escritor. El archivo, más que constituir una forma nueva de acceso a la confirmación del “secreto a voces” o a la vida privada de los autores, configura materialidades, es decir, productos culturales como tal que abren y posibilitan nuevas entradas de lectura. Esto permite pensar el corpus conservado en el archivo como un

continuum de las obras que llevaron a Rojas a la cumbre de la escena literaria chilena y descentrarlo de su condición exclusiva o cerrada de narrador.

En segundo lugar, confirmamos que el archivo es una producción exocanónica que transita por distintos géneros y textualidades. Esto deja en evidencia la movilidad a la que Rojas sometía constantemente sus creaciones y su vida misma. Ensayo y error derivan en la construcción de un archivo “errante”, como lo fue su propia trayectoria biográfica, que pone de manifiesto el arduo trabajo y las nutridas experiencias que subyacen a sus escritos que se perfilan como oficiales. Manuel Rojas fue un destacado escritor de cuentos y novelas, pero también debió ensayar y se atrevió a explorar otras rutas creativas y materiales que van más allá de lo estrictamente literario. Este nomadismo permite erradicar también las nociones que imaginan el archivo como una estantería llena de polvo y estática, a la que solo se acude por nostalgia. Por cierto, no es que no se pueda acudir al archivo con dicha motivación, pero el archivo mismo no es solo parte de un pasado distante y fragmentado: es dinámico y está en constante actualización.

Esto último nos lleva a un tercer y último elemento, que quizás sea el más relevante. La revisión del material que excede a las obras literarias más reconocidas de Manuel Rojas y el descentrarlo del canon a partir del archivo que le acompaña, permite refrescar las lecturas y ampliar el público lector, al incluir o considerar nuevas formas de consumo cultural propias de los tiempos en los que la virtualidad toma la ventaja. A pesar del fervor romántico que se sigue despertando en algunos lectores respecto a la tradición del libro impreso, lo cierto es que hoy se reescribe y relea la obra de Manuel Rojas a través de su archivo digitalizado y de toda la producción que motiva la revisión escritural del autor a partir de otros formatos mediales como cortometrajes, novelas gráficas, podcasts y *reels* en redes sociales, entre otros. El archivo, en consecuencia, implica también un descentramiento de los soportes en los cuales ha circulado tradicionalmente la literatura de Rojas y que el mismo escritor, en su búsqueda por llegar a un público más amplio, diverso y masivo, se atrevió a explorar.

BIBLIOGRAFÍA

- Adriasola, Juan José. “Manuel Rojas, lector. Para abrir una discusión en torno a su programa intelectual”. *Revista de Humanidades* 40 (2019): 11-39.
- Álvarez, Ignacio. “El diagrama de un nuevo pacto. *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- . “Advertencia del editor”. *Manuel Rojas. Cuentos completos*. Edición crítica Ignacio Álvarez. Santiago: Ediciones UAH, 2021.
- Barros Cruz, María José. ““Cosas de pájaros”: animales, libertad y errancia en los artículos de prensa de los años 40 de Manuel Rojas”. *Anales de Literatura Chilena* 35 (2021): 151–160.
- Barros Cruz, María José; Gutiérrez, Pía. “Naturaleza y vínculos solidarios en dos textos inéditos de Manuel Rojas: Astromelia y El niño y el choroy”. *Anales de Literatura Chilena* 103 (2021): 311-334.
- Concha, Jaime. “Robar, trabajar, jugar en el primer Manuel Rojas”. *Anales de Literatura* 5 (2004): 89-97.
- Club Andino. *Boletín Informativo N° 1*. Santiago, 1937.
- Díaz Arrieta, Hernán; Alone. “Prólogo”. *Lanchas en la bahía*. Zig-Zag: Santiago, 1932.
- Eltit, Diamela. *Hijo de Ladrón de Manuel Rojas: la herida*. La Nación, 22 ene. 2006. Consultado en: <http://www.letras.mysite.com/mr150206.htm>
- Espinoza, Enrique. *Manuel Rojas, narrador*. Babel: Buenos Aires, 1976.
- Guerra, Jorge. “Rieles de punta o las mujeres de Manuel Rojas”. *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. Eds. María José Barros y Pía Gutiérrez. Santiago: Ediciones UC, 2020.
- . *Manuel Rojas, narrativa de la imagen. Su vínculo con el cine y la televisión*. Santiago: Narrativa Punto Aparte, 2020.
- Guerrero, Javier. “Sobre la piel: Reinaldo Arenas y Severo Sarduy en contacto”. *Cuadernos de Literatura* 42 (2017): 23-48.
- Gutiérrez, Pía. “Teatro, restos y archivos: del oficio teatral en Manuel Rojas”. *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. Eds. María José Barros y Pía Gutiérrez. Santiago: Ediciones UC, 2020.
- Link, Daniel. “Canon contra archivo”. *Lenguas vivas. ¿Cómo mandan los cánones?* 15 (2019): 10-25.
- Morales, Leonidas. *La escritura de al lado. Géneros referenciales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2001.
- Promis, José. “Programas narrativos de la novela chilena en el siglo XX”. *Revista Iberoamericana* 168-169 (1994): 925-933.
- Rojas, Manuel. “Algo sobre mi experiencia literaria”. *Obras completas*. Santiago: Zig-Zag, 1961.

_____. *Archivo Manuel Rojas*. CELICH UC y Biblioteca de Humanidades UC. Consultado en: <https://archivospatrimoniales.uc.cl/handle/123456789/53400>

Rojo, Grínor. “La contrabildungsroman de Manuel Rojas”. *Revista Chilena de Literatura*. Sección miscelánea (2009): 1-29.